

El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradass de San Felipe el Real

Nº 690 – Martes 1 de Noviembre de 2022

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **El recuerdo de los nombres**, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ **El odio de la mujer anciana**, *José M^a García de Tuñón Aza*
- ✚ **El cuarto viaje de José Antonio**, *Javier Compas*
- ✚ **José Antonio: «El fervoroso afán de España»**, *Fernando García de Cortázar*
- ✚ **Yolanda hace pucheros**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **El busca de la poesía que promete**, *Manuel Parra Celaya*
- ✚ **No con este PSOE**, *Jesús Cacho*

El recuerdo de lo nombres

Emilio Álvarez Frías

A veces es mejor no citar nombres, ninguno. Porque ¿alguien es tan iluso que piensa que, dentro de 80 años, se va a citar a alguno cualquiera de quienes más o menos danzan por la política en los tiempos actuales? No me cabe en la cabeza que ello se vaya a producir. ¡Si, incluso, en estos momentos no recordamos y dudamos del nombre de una buena mayoría de los que están en el candelero! Y ello porque, básicamente, son irrelevantes para incluirlos en nuestra agenda mental. Puede que, pasado ese tiempo, e



incluso más, se cite el de algún inventor o descubridor de cosa tangible o intangible que sí se lo ha ganado; o quizá salga a relucir el nombre de algún deportista que por sus dotes especiales ha quedado colgado en algún obituario; o el de quien haya subido a la luna si es primerizo pues los que lo hagan después pasarán al montón; o de algún cantante de ópera –pongamos

de ejemplo a quienes la naturaleza les permita controlar los sonidos de forma magistral– cualquiera sea su sexo; pero, de políticos actuales, pienso que difícilmente. Acaso se escape el nombre de Putin por montar un importante sarao de guerra con lo que se ganará el odio de buena parte del mundo; y quizá alguno más por similares motivos. Es decir, no por haber hecho el

bien a la humanidad sino justamente por hacer el mal. Salvo casos destacados como el de la madre Teresa es difícil asegurar muchos más. Y estando convencido de este olvido que van teniendo unas generaciones respecto a las que lo preceden, ahora, en estos tiempos retorcidos, en España, entre nosotros, nos vienen a la memoria un día sí y el otro también, dos nombres: el de Francisco Franco y el de José Antonio Primo de Rivera. ¿Motivo? Dos opuestos. Por un lado el de quienes se van dando cuenta, aunque no lo digan, de que los 40 años precedentes a los actuales no fueron tan malos salvando los efectos de la guerra; y por otro los que odian que en España fuera vencido el socialcomunismo y, bañados de sus ideales, enclenques en estos tiempos, intenten ponerlos de nuevo en el mercado para que dominen a las generaciones actuales. Fían en ello porque es más fácil convencer con lo sencillo en lo que no tiene cabida la imaginación, la inteligencia, sino la acción cómoda y satisfactoria, pues hacer uso de la inteligencia para valorar lo que se hace, por qué se hace y para qué se hace tiene sus límites.



En esa confusión, como otros muchos, se encuentra la señora Lidia Falcón, quien más o menos desde el útero materno se fue agarrando a lo que la vida la iba facilitando para vivir, mezclándose con todo lo distinto mientras crecía y estudiaba hasta llegar a encajar profundamente en el marxismo, de donde no se ha apeado, creando y dejando atrás una y varias asociaciones de mujeres (tema que la tiene esclavizada). Esto, junto con los años que la van cayendo, la ha inclinado a odiar casi todo lo que no salga de ella, haciéndola una mujer mezquina, despreciable, a veces perversa, sórdida, vil en no pocas oportunidades, lo que la impide aclarar las ideas dado que únicamente valora lo que ella evoluciona, por lo que cambia la historia, confunde los personajes, no tiene claro qué hizo este o aquél, y cuando habla se confunde aplicando parches equivocados a unos y otros. Por eso, en el artículo que ha colgado en su página «La casa de mi tía», titulado aviesamente «El máximo respeto a José Antonio Primo de Rivera» lo confunde todo en cuanto a las andanzas de dicho personaje, cómo y por qué se originó la Guerra Civil española, olvidando quienes quemaron las iglesias, los monasterios, los museos, etc., qué es ser fascista (cosa que no terminan de aprender los afiliados a la izquierda), no recuerda a Largo Caballero que tuvo una participación importante en que los españoles se liaran a la gresca, lo que indica que el aprendizaje durante su licenciatura en Derecho, Arte Dramático y Periodismo y doctorado en Filosofía –según reza su currículum–, la han creado un *totum revolutum* en el magín que la tienen confundida.

No obstante, como se aprecia en ella un odio a determinadas tendencias de la vida de los seres humanos, tomamos el camino del templo en el que se encuentran recluirnos los amigos del mentidero de la fe para, mediante la oración, pedir al Dios Todopoderoso para que libere a Lidia Falcón de sus malas

mañas y la vaya preparando en el camino para que, cuando se encuentre ante Pedro, éste no la ponga pegas para entrar en la otra vida. Porque, si se empeña en seguir tan terca como ahora, la espera un largo tiempo en las calderas de Pedro Botero.

El odio de una mujer anciana

José M^a García de Tuñón Aza

Que responde al nombre Lidia Falcón, una señora que cumplirá, dentro de poco más de un mes, 87 años. A pesar de su edad, no es capaz de contenerse y hace escasos días escribió un artículo sobre José Antonio Primo de Rivera, con tantas trampas como letras, porque al parecer la portavoz del gobierno de España, Isabel Rodríguez, cuando anunció el traslado de los restos de José Antonio dijo que aquél «sentía el máximo respeto por el fundador de Falange». A la Falcón que, al parecer, destila odio por todos sus poros, no le parecieron bien esas palabras y escribió un largo artículo donde comienza acusando a Enrique de Santiago secretario general del Partido Comunista de España, que también ha callado, «supongo para que sus palabras



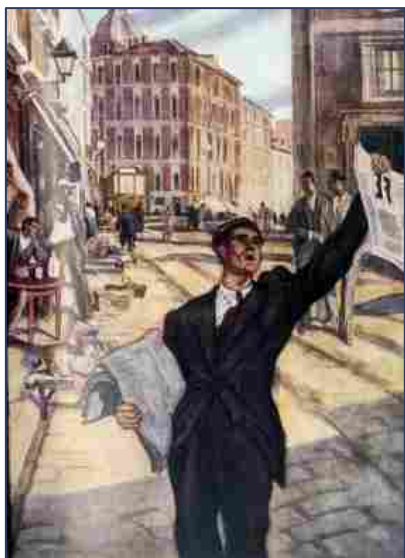
no mal sonaran en el concierto de adulaciones y servilismos con que la izquierda aguanta al oportunista sin conciencia moral que es el Presidente del Gobierno».

A continuación, escribe que «la sociedad española, hundida en la desinformación y la indiferencia, creará que José Antonio Primo de Rivera se merece el respeto de que ha hecho gala la ministra, con la expresión y modales propios de una señorita de la Sección Femenina de Falange. Porque no quede que yo también calle y que sobre todo para que quizá algunos lectores sepan quien fue el personaje que se merece tal respeto, les escribo este breve resumen de su biografía y hazañas».

A continuación, teniendo como guía al nefasto historiador Joan María Thomàs, sobre lo que fue la Falange y su fundador, se lanza en tromba poniendo a José Antonio como a un ser despreciable y mal nacido; pero todo ello sin demostrar absolutamente nada y solo porque bebió en las fuentes que a ella más le interesaban, demostrando, al mismo tiempo, el poco decoro que tiene esta anciana señora.

Escribe sobre las muertes que causaron algunos falangistas, pero olvida los que causó toda la izquierda empezando por Matías Montero que, fue asesinado a los 3 meses de haberse fundado Falange. Pero dejemos al comunista Manuel Tagüeña Lacorte que sea quien nos cuente, en su libro *Testimonio de*

dos guerras, cómo se produjo ese asesinato: «Asomados al balcón vimos pasar a un grupo de falangistas. Con ellos iba Matías Montero, de Medicina, antiguo miembro de la FUE y ex simpatizante comunista. Nos saludó con la cabeza y le contestamos de la misma forma, mientras cruzábamos miradas de desafío con sus acompañantes. Cuando bajaban hacia la Plaza España vimos que los seguía un sujeto vestido de obrero, bajo y con los ojos saltones, que nos hizo señas para que nos uniéramos a él. Le contestamos medio en broma, que no podíamos porque íbamos a comer y lo vimos marchar solo. No nos imaginábamos que era prólogo de una tragedia. El obrero, de un sindicato de la UGT, esperó a que el grupo se dividiera y luego fue detrás de Marías Montero, y lo



mató a tiros por la espalda». Al día siguiente alguna prensa daba el nombre del asesino: se llamaba Francisco Tello y pertenecía a la Juventud Socialista. Espero, pues, haya quedado bien enterada la señora del odio, y, sobre todo, quien comenzó la tragedia que dijo Tagüeña. De todas las maneras, si no está conforme del todo, le puedo dar los nombres y lugar donde fueron asesinados 81 falangistas antes del 18 de julio de 1936.

A propósito vienen las recientes declaraciones del socialista Joaquín Leguina que se atrevió a decir que el juicio a José Antonio había sido «un juicio impresentable». Al escuchar estas valientes palabras me vino a la memoria un artículo que, en marzo de 2017, publicó en el diario *La Nueva España*, el periodista filocomunista José Manuel Ponte, quien escribió que, estando en Luarca, localidad asturiana, su padre le llevó a comer a un restaurante. Ya sentados, le señaló a un señor de pelo canoso, y le dijo: «Es uno de los magistrados profesionales que formó parte del tribunal que condenó a muerte a José Antonio Primo de Rivera aceptando el veredicto de un jurado popular. Tuvo que exiliarse a México como tantos otros republicanos, pero ahora ha vuelto y le han reintegrado en la carrera y en los derechos económicos que lleva aparejada esa dignidad». Y más adelante el periodista filocomunista escribe que Miguel Primo de Rivera y, su esposa Margarita Larios, también juzgados al mismo tiempo, el primero fue condenado a cadena perpetua y ella a seis años. Añadiendo el periodista a continuación: «José Antonio, contento porque sus familiares hubieran salvado la vida, le dio un abrazo al juez Iglesias Portal y le pidió disculpas por el mal rato que le habían hecho pasar». Ahora, señora Falcón, compare la gallardía y buen aire de José Antonio, con el odio que Vd. dedica, a lo largo de todo su artículo, al fundador de Falange.

Para ir terminando, porque Vd. tampoco se merece más atención, voy a escribir lo que Santiago Carrillo ha dicho de José Antonio en su libro *15 retratos españoles*. Da comienzo con estas palabras: «Cuando un hombre muere con dignidad por sus ideas, por muy opuestas a las de uno que éstas sean –y para

mí las de José Antonio Primo de Rivera lo eran mucho—, merecen un punto de respeto». Respeto, anciana señora, que Vd. no tuvo porque le pudo el odio.

El socialista Indalecio Prieto en su libro *Convulsiones de España*, cita varias veces a José Antonio. Incluso copia el proyectado Gobierno que tenía ideado el fundador de Falange donde, en primer lugar, aparece Martínez Barrio como presidente y el mismo Prieto como ministro de Obras Públicas. En otro momento cita su testamento que, por cierto, el también socialista Julián Zugazoitia en su libro *Guerra y vicisitudes de los españoles* porque él lo considera



sobrio y sereno, lo reproduce en su totalidad. Pero vuelvo a Indalecio quien se refiere en otro momento al artículo de José Antonio titulado: «Prieto se acerca a la Falange» donde comenta, dice el socialista, el discurso que el propio Prieto, pronunció en Cuenca, mayo de 1936. Es cuando haciendo referencia a ese discurso, José Antonio escribe: «El discurso del tribuno socialista se pudo pronunciar

casi de la cruz a la fecha, en un mitin de Falange Española...». Después de leer lo escrito por el fundador de Falange, añadió Indalecio Prieto: «Acaso en España no hemos confrontado con serenidad las respectivas ideologías para descubrir las conciencias que, quizá fueran fundamentales, y medir las divergencias, probablemente secundarias, a fin de apreciar si éstas valía la pena de ventilarlas en el campo de batalla». Campo de batalla que él conocía muy bien porque fue el responsable de aquella revolución de octubre de 1934, donde hubo más de mil muertos, incluidos sacerdotes y seminaristas que no sé qué tendrían que ver con las reivindicaciones de los que quisieron dar un golpe de Estado.

Ya lo sabe, señora Lidia Falcón, menos odio y más pan blanco. Le vendrá mejor para la salud porque Vd. ya es una mujer anciana y debe cuidarse.

El cuarto viaje de José Antonio

Javier Compás (*Diario de Sevilla*)

Escritor

Para comprender la convulsa historia de la España de los años treinta del pasado siglo, hay que hacerlo con desapasionamiento y mirando objetivamente los hechos y las circunstancias políticas, sociales y culturales de la época. La irrupción de las doctrinas totalitarias donde el corporativismo de Estado era la consigna, llegó a su máximo auge en la primera mitad de ese siglo, con la consolidación del comunismo soviético y sus ramificaciones internacionales y con la llegada al poder del Fascismo en Italia, se cumplen ahora 100 años de la *Marcha sobre Roma*, y sus versiones en otros países, como sería la Alemania nacional-socialista.

Movimientos que pretendían sustituir, cada uno a su manera, aunque ambos coincidían en la legitimación de la violencia para conseguirlo, al que consideraban caduco e injusto sistema capitalista de las viejas democracias liberales.

El vanguardista Ernesto Giménez Caballero, introductor de las ideas fascistas en España, impresor, editor, cinéfilo pionero y aglutinador en su revista, *La Gaceta Literaria*, de destacados literatos, tanto de la Generación del 98 como de la del 14 y del 27, nos relata cómo en su taller de la calle Canarias de Madrid, uno de los primeros en levantar el brazo con el saludo a la romana fue el poeta gaditano, Rafael Alberti.

Tiempos de oscilaciones ideológicas, de convivencia cultural de unos personajes que coincidían en locales madrileños como el restaurante vasco Or Kompón, la sala de la Ballena Alegre o en las copas de Bakanik, en este último coincidieron Federico y José Antonio, así, ambos conocidos por el nombre de pila.

Luego, por desgracia, se polarizarían las posturas. A José Antonio le mataban en la calle a los adolescentes que voceaban el periódico de Falange. Después, La Pasionaria amenazaría de muerte a Calvo Sotelo en el mismo Parlamento, sin rubor ninguno y cumpliéndose después la amenaza. Para entonces José Antonio ya estaba en la cárcel, muchos meses antes de que estallara la guerra abierta. Él ya no saldría de prisión sino como un cadáver que sería echado en una fosa común del cementerio de Alicante, tras ser fusilado en un remedo de juicio. Con Lorca, ya muerto también, no podría tomar otro whisky en Bakanik.



Pero los huesos del líder falangista no encontrarían reposo hasta después de terminada la Guerra Civil. Dos traslados más de sus restos, hasta encontrar una sepultura en el Valle de los Caídos, enterramiento de muertos en ambos bandos, aunque él no combatió, fue asesinado, como tantos españoles, en una de las dos retaguardias.

El actual Gobierno de España, con una coartada más para distraer a la opinión pública de los temas importantes sin resolver, quiere de nuevo mover el cadáver del que sus antepasados políticos mataron. La familia Primo de Rivera ha pedido permiso para su traslado en la intimidad, con un comunicado que muestra su sentido común, elegancia y cordura en esta España de descerebrados que nos ha tocado soportar.

Ni la sordidez del primer indigno entierro en Alicante, ni la parafernalia de himnos, antorchas y uniformes del traslado al Escorial a hombros de los falangistas cruzando España a pie. Un discreto entierro para que el joven abogado,

que quiso que la suya fuese la última sangre española derramada en discor-
dias civiles, descanse por fin en paz. Ojalá pueda tomarse esa copa tranquila-
mente con Federico en el bar de la Eternidad.

José Antonio: «El fervoroso afán de España»

Fue gestor y víctima de la radicalización que devoró el vigor de sus propues-
tas

Fernando García de Cortázar (ABC)

Aquella España de los años republicanos puso en la historia una actitud patriótica que superaba los esquemas inútiles del nacionalismo. La enfermedad que asoló el continente europeo en los años de entreguerras se presentó en las mejores plumas y en los mejores ejemplos vitales de nuestro país como un supremo esfuerzo por devolver España a un destino abatido bajo los escombros de la decadencia política y el desarme moral.

Recuperar una nación que había sido la comunidad más precoz del Occidente moderno no era un ejercicio de vana melancolía ni de turbios manejos reaccionarios. Aunque estos no dejaran de asomar en el egoísmo social de algunos y en la parálisis ideológica de otros, aquel afán de regeneración procedió del desprendimiento, de una extrema sensibilidad por la justicia, de un respeto por la persona, y de un apego a la tradición en la que no descansaba el pasado inmóvil. En ella se encontraban valores permanentes, indicadores culturales de nuestro significado, material indispensable para hacer frente a la inmensa crisis que asoló la civilización desde la Gran Guerra.

Teatro de la Comedia

El 29 de octubre de 1933, José Antonio Primo de Rivera se dirigió a un público curioso y atento en el Teatro de la Comedia de Madrid. Aquel «acto de afirmación españolista» permitió descubrir a un hombre de poderosa honradez, de brío expositivo, de elegancia clásica y voluntad regeneradora. En la literatura política de aquella crisis nacional, es difícil encontrar, en un estilo poético que escapó siempre a la impostación y la cursilería, una posibilidad tan clara de lograr la síntesis entre tradición y futuro, entre repudio al resentimiento de clase y exigencia de justicia social, entre crítica a la corrupción del liberalismo y propuesta de una auténtica representación popular.

Aquella no era la voz del conformismo ni la del títere sin alma de los privilegiados. Aquella era la voz de un hombre entero, de un español que acababa de entrar en la madurez y que afrontaba sin falsa modestia y sin jactancia la responsabilidad de una movilización nacional. Sus reproches a la insensibilidad social de las clases dirigentes fueron atroces, y no lo fueron menos sus



ataques a la falta de sensibilidad patriótica de quienes con su egoísmo estaban conduciendo a la disolución de España. No era, desde luego, el heraldo del inmovilismo quien hablaba aquella tarde de otoño en Madrid, pero tampoco de los que pensaban que la historia era un pasado al que podía renunciarse.

La violencia extrema de una época y las tentaciones totalitarias que envilecieron la ruta de Occidente en aquellos años fueron anulando el inmenso potencial de aquella postura. José Antonio fue gestor y víctima de una radicalización que empezó por negarle a él mismo la calidad de su conducta personal y el vigor popular de sus propuestas. Por fortuna, sus palabras siguen ahí, aunque fueran manoseadas y desvirtuadas por quienes se rieron de él desde el principio, para convertirlo después en un mito cuya ejemplaridad se empeñaron en desactivar.

Y ese mensaje de denuncia, de echar en cara a sus compatriotas su carencia de sentido de servicio y el desdén ante la misión universal de los más profundos valores de España, conmueve aún a quien lo lea sin prejuicio, lamentando



que tan alta visión fuera cautiva de la pugna estéril y el conflicto inútil que tendió el cuerpo de nuestra nación en la mesa de operaciones de una trágica guerra civil. Cuando llegó el momento de afrontar su responsabilidad ante el drama de 1936, aquel hombre que iba a morir suplicó a Dios que su sangre fuera la última en verterse en querrelas de este tipo. Ante el tribunal popular

dijo que habría sido posible encontrar las vías de entendimiento para la convivencia de los ciudadanos de una gran nación. No había ingenuidad ni oportunismo en aquel testimonio, sino la conciencia de un fracaso personal, de un fin de ciclo colectivo, que echaba por tierra las ilusiones de toda una generación.

Cuando quedaba esperanza

Pero, tres años antes de esa noche de angustia en la cárcel de Alicante, tres años antes de esa víspera de espanto, de amargura por el sacrificio en masa de los españoles, José Antonio estaba lleno de esperanza: «queremos menos palabrería liberal y más respeto a los derechos del hombre. Porque solo se respeta la libertad del hombre cuando se le estima, como nosotros lo estimamos, portador de valores eternos». Estaba lleno de impaciencia: «Cuando nosotros, los hombres de nuestra generación, abrimos los ojos, nos encontramos con un mundo en ruina moral». Estaba lleno de protesta ante la injusticia: «Hemos tenido que llorar en el fondo de nuestra alma cuando recorríamos los pueblos de esta España maravillosa».

Estaba lleno de orgullo por la dignidad última de los humildes y explotados: «Teníamos que pensar de todo este pueblo lo que él mismo cantaba del Cid

al verle errar por los campos de Castilla, desterrado de Burgos: ¡Dios, qué buen vasallo si oviera buen señor!». Estaba, sobre todo, lleno de ilusión ante la posibilidad de rectificación que se invocaba, ante el llamamiento a la unidad de los españoles honestos, de la nación capaz de restaurarse, de la patria con fuerza para incorporarse a un futuro de convivencia y de progreso: «Yo creo que está alzada la bandera. Que sigan los demás con sus festines. Nosotros, fuera, en la vigilancia tensa, fervorosa y segura, ya presentimos el amanecer en la alegría de nuestras entrañas».

No iba a ser la suya la última sangre que se derramara en una contienda civil. Pero sí iban a ser sus palabras, rescatadas del sumidero del oportunismo y de la lacra de la deformación, las que podemos leer como un ejemplo más de aquel «fervoroso afán de España». Una voz entre tantas, que alzaron la que debía haber sido una sola bandera: la de la justicia, la libertad, la afirmación nacional, el impulso por construir un destino común.

Yolanda hace pucheros

Hacer la guerra a los muertos es fácil, ya lo escribí, tanto como despojarles de distinciones. La Ley de Memoria Democrática da para todo

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Me dicen que Yolanda Díaz, vicepresidente y ministra de Trabajo, ejerció de abogada laboralista en Ferrol. Es paisana de Franco, nació en Fene, a seis minutos de Ferrol, cuando ella nació El Ferrol del Caudillo. Es más conocida por sus actividades como militante del Partido Comunista desde muy joven que por su trabajo como abogada. Tras su etapa en Galicia se integró en Podemos y por el pacto con el PSOE de Sánchez, aunque a él le quitase el sueño, llegó a un ministerio y a una vicepresidencia. En un artículo confesé que me caía bien, y es cierto, pero no ha movido un milímetro su



credo comunista. Ha renovado muchísimo su vestuario y nada sus ideas. Tiene fama de ser emotiva, partidaria del contacto epidérmico cuando saluda, léase tocona, y agradable en el trato personal.

Ha mostrado su emotividad haciendo pucheros –casi lloró– al anunciar que despojaba de la Medalla al Mérito en el Trabajo a Franco y a otros nueve apesetados. Hacer la guerra a los muertos es fácil, ya lo escribí, tanto como despojarles de distinciones. La Ley de Memoria Democrática da para todo. Me cuesta digerir el mensaje que acompañó al anuncio. Adelantó que era un primer listado ya que prevé suprimir hasta 62 de estas distinciones. Llamó al Libro de Oro que recoge a los agraciados «libro de la infamia». No ha leído el

libro. En él figuran empresarios que crearon puestos de trabajo, profesionales relevantes, actores y actrices, escritores y artistas, toreros... Una variada representación de la sociedad.

La vicepresidente habló de «manos manchadas de sangre». Su maniqueísmo la pierde. Entre las personalidades a quienes retira la medalla (creada por el ministro Eduardo Aunós en 1926) están exministros como José Antonio Girón de Velasco, Juan Yagüe, José Luis de Arrese, Jesús Romeo Gorría, José Solís Ruiz y otros como José León de Carranza, Félix Huarte o el cardenal Enrique Plá y Deniel. Un disparate. Los militares de la guerra hicieron lo mismo que



los militares a quienes se enfrentaban y los ministros de Trabajo atendieron sus funciones. Y es lógico que el cardenal Plá y Deniel no coincidiese con quienes asesinaban religiosos y quemaban iglesias. El caso de Girón resulta especialmente injusto. Durante su mandato ministerial creó las pagas extraordinarias de Navidad y julio, atendió las situaciones de viudedad, vejez, orfandad,

desempleo, vacaciones pagadas, entre otras mejoras, creó el Instituto de Medicina e Higiene y Seguridad en el Trabajo, y las universidades laborales. Pero para los proclamados defensores de los trabajadores es de los «malos».

La vicepresidente hubiese mostrado objetividad y buena fe –misión imposible– si al pedir perdón «a las víctimas del franquismo» por una decisión «tardía», hubiese señalado las aportaciones de sus depurados al mundo laboral, hubiese anunciado, por pura coherencia, que esos beneficios se suprimirían por ser franquistas, y hubiese enumerado por qué a esas personas se les suponía con «las manos manchadas de sangre». Pero no lo hizo porque no lo sabe. En todo caso pedirselo resultaría tan inútil como haberle pedido a Stalin que motivara sus purgas.

Si la vicepresidente defiende la «dignidad» y la «justicia» acordes con la democracia, ya que son «indefendibles» ciertos nombres vinculados a la «muerte y el horror», deberían haberse incluido en la Ley de Memoria Democrática otras ideologías. Sobre «muerte y horror» me vienen a la mente ciertos asesinatos. Algunos señeros como el del líder parlamentario Calvo Sotelo; los de Petra Montoro Romero, una de las primeras alcaldesas de España, y sus hermanas Natalia y Marta, las tres torturadas y asesinadas; el del ex fiscal general de la República, Marcelino Valentín-Gamazo, y tres de sus hijos, dos de ellos menores; el del capitán de la Guardia de Asalto Gumersindo de la Gándara; el del juez Salvador Alarcón y el del magistrado Ángel Aldecoa, fusilados en la Casa de Campo tras pasar por la checa de Fomento. Los cuatro últi-

mos por venganzas personales de Largo Caballero. Por no referirme a los asesinatos masivos en Paracuellos. Los asesinos, unos conocidos y juzgados y otros desconocidos, son hoy considerados víctimas del franquismo.

Ni la vicepresidente ni sus compañeros de Gobierno podrían obtener la Medalla al Mérito en el Trabajo ni con las manos lavadas con lejía. Aún no se ha creado la Medalla a la Venganza y al Odio. Tiempo al tiempo.

En busca de la *poesía que promete*

Manuel Parra Celaya

Reconozcamos que la circunstancia actual es poco propicia a la poesía. Y lo afirmo tomando el término en sus dos significados: el que ofrece su etimología griega, *creación*, y el que alude a la belleza («*Manifestación de belleza por medio de la palabra*», dice la Madre Academia). Y no echemos la culpa a la tecnología, pues ya aquellos poetas *futuristas* del siglo pasado querían ver rasgos de belleza en la máquina y se atrevían a comparar un bólido de carreras con la Victoria de Samotracia.

La Belleza suele estar muy emparentada con el Bien y la Verdad, y no tenemos más remedio que admitir que ninguno de los tres conceptos goza de buena salud en nuestros días. La Verdad queda en tela de juicio en un marco presidido por el relativismo, en el que todo depende de las libérrimas decisiones de voluntad, sea mediante su caprichosa expresión individual, sea mediante el sufragio en lo colectivo; y eso cuando no interfieren la tremenda dictadura de la *corrección política* o de las *fake news*.

Lo que se considera como Bien, ya se sabe, queda en manos de los planificadores de la Globalización, y dicen por ahí que nos espera un mundo en el que



no poseeremos nada, pero seremos plenamente *felices* con lo que nos deparará el Orden Nuevo que nos están diseñando. Sobre todo, la consideración de Dios como Bien Supremo ha quedado bajo sospecha, por lo menos, y reducido al último reducto de nuestra conciencia personal, aunque, de

momento, no se ponga a votación su existencia, como hizo en tiempos el Ateísmo republicano de Madrid.

Por lo tanto, qué podremos decir de la Belleza, esa que buscaba la poesía. Nuestra época premia y promociona el *feísmo*, privilegiando lo grotesco, lo deforme y lo claramente repugnante, y silenciando o menospreciando con burlas lo grandioso y lo sublime, aunque en ocasiones tolere lo simplemente bonito, reducido a lo aparente y externo. Poco tendrá que decir, pues, la poesía –en su sentido estético y académico–, si no es que, en clara contradicción de su sentido, aludamos a la *poesía que destruye*, la de la mentira y el engaño,

la de la demagogia o la que invita a la aberración más manifiesta, presentándola como gozoso descubrimiento de liberación individual.

¿A qué viene esta extraña disquisición sobre poesía, verdad, belleza y bien, se preguntará a estas alturas el lector? Seguramente a que me he dejado llevar por la fecha del 29 de octubre, próxima a la publicación de estas líneas; fue en ese día cuando un joven abogado llamado José Antonio Primo de Rivera quiso presentar –¡hace casi 90 años!– un nuevo planteamiento *de afirmación española* en un teatro madrileño; su pieza oratoria era un alegato a favor de la *poesía que promete*, con lo cual, conscientemente, unía los dos sentidos mencionados del término: el de Belleza, unida a la Verdad y al Bien –a los que llamó «*categorías permanentes de razón*»– y el de Creación, por más que a esto último se lo llevara la trampa de la historia.

Si alguno, a estas alturas, se toma la molestia de buscar en Internet y leer aquel discurso de un 29 de octubre, encontrará en él un claro esquema dialéctico: crítica del Liberalismo, tanto en su vertiente política como económica; crítica de un Socialismo inficionado por el materialismo marxista, y propuesta de una alternativa distinta a las dos anteriores. ¿Qué habría podido decir hoy en un contexto tan diferente? Pensemos en la transformación del primero en un Neo-



liberalismo, tan relativista en lo ideológico como el original y mucho más potente en lo económico, con la supeditación del trabajo y de la producción al capitalismo financiero global, y la supervivencia del segundo –tras un fracaso estrepitoso a finales del siglo XX– en un *marxismo cultural*, abocado a negar éticas y antropologías, feroz adversario de la

naturaleza humana, a la que el joven abogado se empeñaba en señalar dotada, de forma inalienable, de dignidad, libertad e integridad, en su doble dimensión de alma y cuerpo.

Acaso nos pueda sonar, en la lectura del discurso, aquella queja de «*la pérdida de la unidad espiritual de los pueblos*» o del rechazo rotundo a que «*se canten derechos individuales de los que no pueden cumplirse nunca en casa de los famélicos*», ahora que los índices de precariedad y de pobreza alcanzan a tantos hogares españoles; o lo del claro deseo de que «*España recobre resueltamente el sentido universal de su cultura y de su historia*», cuando ambas son mediatizadas y tergiversadas con el fin de alienar a nuestros descendientes y controlar así el futuro.

Por lo tanto, aconsejo al lector de este discurso (y de otros textos posteriores del mismo autor, aún más importantes) que lo haga con perspectiva de actualidad y con clara facultad de *adivinación*, más que como recreo de un pasado cerrado; o, como dice el catedrático Luis Buceta Facorro, descubriendo «*las*

intuiciones joseantonianas de larga onda histórica», más que ateniéndose a la letra y al contexto de la época en que fue pronunciado.

El joven abogado que quiso lanzar la *poesía que promete* frente a la que *destruye* fue asesinado, más que por político, por poeta (no versificador, claro), pues tal era su condición verdadera; ahora, sus restos tampoco podrán descansar en paz, por supuesto, movidos una vez más por la *memoria democrática*.

Como dijo José Agustín Goytisolo al defender al *oficio de poeta*, «*la materia del canto / nos la ha ofrecido el pueblo / con su voz. Devolvamos / las palabras reunidas / a su auténtico dueño*». Es decir, a ese pueblo español que, sometido a las veleidades de una mala gobernanza y a las ocurrencias de la *poesía que destruye*, está tan carente de pan, cultura, justicia y patria.

No con este PSOE

Jesús Cacho (*Vozpópuli*)

Confieso ser uno más de los miles de españoles que esta semana asistían perplejos a los preparativos del anuncio de acuerdo entre PSOE y PP, o mejor, entre Pedro Sánchez y Alberto Núñez Feijóo, sobre la reforma del Consejo General del Poder Judicial (CGPJ). Perplejo porque a lo largo de la semana había ido tomando cuerpo la especie de que el PP iba a terminar tragando con el nombramiento de ese sectario con balcones que responde al



nombre de Cándido Conde-Pumpido, el de las togas y el polvo del camino, como nuevo presidente del Tribunal Constitucional (TC), la clave del arco que cierra el proyecto sanchista de demolición del edificio constitucional con la ayuda de la patulea que le mantiene en el poder, la destrucción del régimen del 78, proyecto que reclama el control del tribunal de garantías como condición *sine qua non* para llevar a efecto la labor de derribo y que, además, le proteja personalmente de cualquier asechanza que pudiera surgirle el día que, otro presidente del Gobierno y una Justicia independiente, alguien decida sentarlo en el banquillo por delito de alta traición (art. 102 de la CE).

El control del Constitucional es la obsesión de Sánchez desde que accedió al poder, un Sánchez a quien importa una higa el CGPJ y sus vocales. Incluso está dispuesto a asumir cualquier tipo de compromiso, en línea con lo que viene proponiendo el PP, para que sean los jueces quienes se hagan cargo de al menos el 50% de su composición. Ya negará ese acuerdo o se apeará de él el día que le convenga. El desahogado que antes de junio de 2018 decía en La Sexta estar dispuesto «a recortar el poder de decisión del PSOE en todos esos órganos; estoy dispuesto a que el PSOE no sea quien proponga a los miembros del CGPJ, porque yo soy de los que creen que estas comodidades del

bipartidismo a quien han hecho peor ha sido al PSOE», ya no puede engañar a nadie, salvo a quien se deje engañar. A él le importa controlar un TC dispuesto a tragarse el sapo de validar las leyes sometidas a recurso de inconstitucionalidad, las que están a punto de caramelo (la Ley Trans, por ejemplo) y las que están por venir y que tienen que ver con el estatus de Cataluña dentro (o fuera) de España, mediante un nuevo referéndum a pactar en la Mesa de Diálogo del socialismo con el separatismo. En eso Sánchez y Junqueras se parecen como dos gotas de agua. También a los chicos de ERC les obsesiona el control de la Justicia o más bien su desnaturalización, en concreto la revisión a la baja del delito de sedición en el Código Penal, y no ya para permitir el regreso triunfal del patético Puigdemont y demás huidos, sino, mucho más importante, para «ampliar el espacio de impunidad para cuando llegue el momento de hacer realidad el *ho tornarem a fer*», en palabras del columnista Ignacio Varela.

Por eso resultaba estos días escandaloso ver al PP caminar cogido del ronzal por Sánchez hacia el acuerdo sobre el CGPJ cuando ya el lunes 24, el boletín oficial del sanchismo había anunciado («El Gobierno se abre a reducir a la mitad la pena por sedición», *Lo País*) su intención de dar satisfacción a ERC, mientras el páñfalo de González Pons y Félix Bolaños, el siniestro mayordomo de Moncloa, negociaban los términos del pacto. Y por si en Génova no se hubieran enterado, 48 horas después, miércoles 26, la pintoresca María Jesús Montero, ministra de Hacienda, volvía a sacar a colación la reforma del Código Penal durante el debate de enmiendas en el Congreso a la totalidad de los PGE de 2023. «Traeremos a esta Cámara (...) la voluntad del Gobierno de homologar a los estándares europeos la calificación de determinados delitos en nuestro país». De modo que el PP estaba más que advertido, no obstante lo cual Feijóo y su magra guardia de corps siguieron adelante con los faroles. Resultado: Bolaños se ha burlado de Pons y Sánchez ha hecho lo propio con Feijóo.



De la inclinación al engaño por parte de Sánchez estaba muy al tanto el malogrado Pablo Casado, que lo sufrió en sus carnes y que había llegado a la conclusión de que no era posible pacto alguno con quien está dispuesto a vender España a trozos para seguir un día más en el poder. Pero Feijóo no quiere parecerse a Casado (*leit motiv* de su política), no quiere encerrarse en el «no» perpetuo, consciente de la necesidad que un partido alternativa de Gobierno tiene de abrirse a pactos con otras fuerzas. Esta es la única explicación amable que cabe para el gallego al fiasco de esta semana: su buena voluntad para desbloquear la renovación del CGPJ a tenor de la promesa que días atrás hizo al comisario europeo de Justicia. Y de hecho es el propio Feijóo quien, en la conversación telefónica que en la tarde del jueves mantiene con un Sánchez «chulo y faltón» (Génova dixit) mientras volaba de regreso a España, le pide

que le aclare si realmente piensa llevar a cabo la reforma de la sedición, y el vampiro le dice que sí, que naturalmente, faltaría más, que está en su programa de Gobierno y que no sabe de qué se extraña... convencido como estaba de tener al gallego entre la espada y la pared, como ayer sugería aquí Alberto Pérez Giménez: si firmas, mal; y si no firmas, peor, porque ya me encargaré yo de demoler tu figura a cuenta del «temblor de piernas». Y es entonces cuando el líder del PP huye despavorido de la boca del lobo en que se había metido y anuncia la ruptura del pacto, no sin que antes Ayuso y otros le hubieran advertido del riesgo que estaba corriendo.

Porque hubiera resultado pura dinamita, en realidad hubiéramos asistido al final de la España constitucional tal como la hemos conocido, con sus grandezas y miserias, desde el 78, si el PP hubiera consentido poner la Justicia, teóricamente para reforzar su independencia, en manos de este bandolero, mientras por la puerta de atrás él mismo la desmantela para permitir a sus socios volver a delinquir con impunidad, todo ello para que nuestro pequeño sátrapa, que esa es la madre del cordero, pueda seguir gozando del apoyo de los 15 escaños de ERC en el Congreso. Ese es el crimen que hemos estado a punto de presenciar, y el drama de un país con su arquitectura constitucional supeditada a los intereses de una persona. «El Gobierno quiere una Justicia a la medida de los independentistas», dijo Feijóo el viernes en Vitoria. Pues claro, Alberto, y no es que lo quiera, es que se lo imponen sus socios, es el peaje que tiene que pagar para seguir vivo, pero eso lo sabe cualquier español mínimamente alfabetizado desde junio de 2018 sin necesidad de ser líder de la oposición, como sabe también que no es posible negociar nada con Sán-



chez y su banda a menos, claro está, que puedas cobrarte por adelantado a la manera de peneuvistas, separatistas y filoetarras, como ayer afirmaba el también columnista Ignacio Camacho.

Feijóo se ha asomado esta semana al precipicio. Ha estado a punto de firmar su propia sentencia de muerte o, por decirlo de otra forma, de perder las próximas generales muchos meses antes de ser convocadas, porque semejante claudicación hubiera resultado insoportable para la dignidad de los votantes del centro derecha español. De la encerrona ha salido trasquilado pero vivo, que no es poco. Negociar sí, pero con otro PSOE. Con Sánchez y su banda, ni a aceptar una herencia. Los detalles de este drama con ribetes de farsa son de sobra conocidos. Ahora importa saber si en Génova han aprendido la lección y sacado alguna enseñanza provechosa con vistas al futuro. Porque esto no va a ser un paseo triunfal, Alberto, como pudo parecer tras la degollina de Casado. Lo he dicho ya otras veces pero conviene recordarlo: estamos ante un enemigo formidable, un superdotado para el mal, un tipo sin ningún tipo de escrúpulos morales, con una cantidad formidable de dinero para gastar a su antojo en la subvención de cada vez más grupos sociales encantados con la perspectiva de vivir a costa de un llamado Estado

del Bienestar que no es otra cosa que el bienestar del Estado. Un sujeto dispuesto a todo con tal de repetir victoria en las generales de 2023. De aquí a noviembre de 2023 veremos cosas que nos helarán la sangre. De momento, aquel Feijóo que llegó en abril como presidente del Gobierno in pectore, no es más que el jefe de la oposición en octubre.

En cualquier empresa que hubiera soportado un trauma semejante al del PP se impondrían cambios drásticos en su estructura gerencial. Convendría, por ello, saber si Cuca Gamarra, que el martes separaba campanuda la rebaja del delito de sedición de la negociación del CGPJ porque ambos asuntos «iban aparte», está en el puesto que corresponde a su valía, y convendría valorar si no es un drama para la historia universal de la literatura que González Pons desperdicie su enorme talento para la novela erótica por un arte tan menor como la política. Parece necesario reforzar la estructura de Génova con la incorporación de verdadero talento, tan escaso hoy, porque esta no es guerra para diletantes. Pero, por encima de todo, es urgente abordar de una vez por todas cuestiones que deberían estar en el ADN de un partido de centro liberal moderno y que el marianismo enterró hace tiempo convencido como estaba



de poder vivir tranquilo en la deserción de la guerra cultural, la renuncia a la opción reformista y el apaciguamiento del socialismo peronista.

Urge abrir ventanas, salir a la calle y hablar alto y claro. Abandonar cuanto antes la hura. Urge acabar con la abulia ideológica que tiene sedado al PP desde hace

ya muchos años drenando cualquier ambición de cambio real. Casi todo lo que ha anunciado Feijóo en estos últimos meses, desde la deflactación del IRPF hasta el agravamiento de las penas de sedición y la tipificación del referéndum ilegal, lo registró Casado como proposiciones de ley hace muchos meses, alguna hace incluso años. Las iniciativas de Feijóo al respecto están por ver. Parece razonable otorgar al gallego un margen de confianza en el bien entendido de que llegar a la Moncloa no será nunca un paseo triunfal a pesar del profundo deterioro institucional y de la herida económica que su presidencia va a dejar en el bolsillo de los españoles. El PP debe volver a ser un partido al servicio de España y no una forma de vida para su cúpula, lo cual reclama abandonar el silencio habitual y proponer una dosis extra de actividad, de explicación alternativa, de propuestas, de presencia constante en los medios. Una admirable Inés Arrimadas a las puertas de su muerte política ha hablado más, y más brillantemente, en los últimos días de los problemas de España que todo el PP en los últimos meses. Vale insistir: lo que está en juego no es el futuro de Feijóo, sino el de la España constitucional.